

á veinticinco años tenían que optar entre sentar plaza en el ejército ó ser borrados inmediatamente de las listas de los talleres. Al mismo tiempo se dieron órdenes para que se activase la marcha de brigadas á provincias. El *Monitor* del 22, que promulgaba esta resolución, la acompañaba de un comentario irrisorio: «Los mismos obreros verán con gusto que se empieza con esta medida á resolver la cuestión de los talleres nacionales... Es necesario que estos talleres sean disueltos, y estamos persuadidos de que los trabajadores lo comprenderán fácilmente, merced á su buen sentido y á su patriotismo.» Como si hubiese sido necesario aumentar con la brusquedad de las formas el rigor de semejante decreto, el Sr. Lalamne daba á conocer en el cartel siguiente las decisiones del gobierno: «Los jefes de distrito enviarán cada uno la quinta parte de su efectivo, esta tarde, á las tres, al picadero. Trátase de marchas que han de efectuarse hoy, mañana y pasado mañana. Yo mismo hablaré á los hombres de buena voluntad que se presenten. *El gobierno quiere que esas marchas tengan efecto. Es preciso que su voluntad sea ejecutada hoy mismo.*»

El golpe estaba dado. El efecto producido fué terrible. El 22 de junio, antes de las ocho de la mañana, unos cuatrocientos obreros, capitaneados por el llamado Pujol, teniente de los talleres nacionales, se presentaron en el Luxemburgo pidiendo audiencia á la Comisión ejecutiva. El Sr. Marie, que se hallaba solo en el salón del Consejo, dió orden de introducir cinco delegados. Pujol quiso tomar la palabra en nombre de sus camaradas. Marie le interrumpió: «Os conozco; el 15 de mayo fuisteis uno de los invasores de la Asamblea; os prohibo hablar aquí...» Sus compañeros, intimidados, se callaban. «¡Vosotros, que sois verdaderos obreros, hablad!, exclamó Marie. ¿Necesitáis permiso de Pujol? ¿Sois esclavos de ese hombre?» (1) Es fácil adivinar lo que fué una entrevista así comenzada. Después de tres cuartos de hora de borrascosa discusión, los delegados salieron del palacio, y mezclándose con los grupos les comunicaron su indignación. La columna se puso luego en marcha y se dirigió hacia la plaza de San Sulpicio: allí Pujol arengó á la muchedumbre; retronaban las amenazas contra la Asamblea y contra la Comisión ejecutiva. Acudió un batallón de infantería y despejó la plaza.

Aquella mañana, las excitaciones de los periódicos encendían los ánimos en cólera. «Acabáis de pronunciar por órgano de uno de vuestros visires, decía *La Organización del Trabajo*, un decreto de proscripción que alcanza á veinte mil proletarios. Trelat, del *Nacional*, es el encargado de esa orden inhumana, y en el

(1) Declaración de Marie (*Información parlamentaria*, tomo I, pág. 320).

mismo instante en que escribimos estas líneas oímos la voz del pueblo, voz que todo lo quebranta con su cólera, elevarse y protestar contra vuestra barbarie... Podéis calumniar á los socialistas, no tendréis reposo sino con la democracia. ¡La lucha está abierta! Elegid: ¡su libertador ó su verdugo! ¡Reflexionad!...»

A medida que avanzaba el día, aumentaban los grupos. El movimiento, circunscrito al principio en la margen izquierda, se extendió pronto á la derecha del río. Grandes masas recorrieron la calle de Saint-Honoré, aparecieron en las inmediaciones del Mercado central y llenaron la plaza del Hotel de Ville. Se oían los gritos de «¡abajo Marie!, ¡abajo Lamartine!, ¡no partiremos!, ¡trabajo ó pan!» (2). Justamente inquietos, los miembros de la Comisión ejecutiva dieron orden al ministro del Interior de hacer prender á cincuenta y seis delegados de los talleres nacionales, entre ellos Pujol, y cinco obreros más (3); pero no se tenían las señas exactas: además, respecto á los cincuenta y seis delegados, la orden de prisión, por una extraña incuria, fué á perderse en el ministerio del Interior, de donde no fué transmitida á la prefectura de policía hasta el día siguiente (4); ninguna medida decisiva vino, pues, á reprimir en su origen el tumulto popular. Toda clase de rumores eran acogidos por la credulidad ó la irritación de las masas. Se hizo correr la voz de que se enviaban muchas brigadas á Soloña, pero que este país era malo, y que se quería matar de hambre á los obreros; añadían que los trabajadores enviados á los suburbios habían sido maltratados. Se pasó el día en medio de agitaciones (5). Los informes de la policía anunciaron una gran reunión para la noche en la plaza del Panteón. Cerca de las seis, en efecto, formóse en esta plaza un grupo más considerable que los demás, que bajó por la calle de Saint-Jacques, atravesó la *Cité*, desembocó en el bulevar, se dirigió hacia la Bastilla, dió varias veces la vuelta á la columna cantando la *Marsellesa*, encaminóse de nuevo hacia la margen izquierda del río y regresó á las diez á su punto de partida. Allí los manifestantes se detuvieron, encendieron algunas antorchas y formaron corro para oír los discursos de los instigadores; después de lo cual se separaron á los gritos de «¡viva la República social!», dándose cita en las barricadas para el día siguiente. En el próximo libro se verá como cumplieron su promesa.

(2) Informes de policía (*Información parlamentaria*, tomo II, págs. 212-214).

(3) Actas de las sesiones de la Comisión ejecutiva (*Información parlamentaria*, tomo II, pág. 45).

(4) Actas de las sesiones de la Comisión ejecutiva: declaración de Panisse (*Información parlamentaria*, tomo II, pág. 45, y tomo I, pág. 332).

(5) Informes de policía (*Información parlamentaria*, tomo II, págs. 210, 212, 214).

LIBRO SÉPTIMO

LA INSURRECCIÓN DE JUNIO

SUMARIO: I (*Extractado*).—El 23 de junio.—Tumultos en la plaza del Panteón.—Primeros avisos dados á la Comisión ejecutiva; seguridad que cede pronto el puesto á la inquietud.—Increíbles progresos de la insurrección de ocho á diez de la mañana; vasto semicírculo en que los amotinados dominan en absoluto.—Medidas tomadas por la Comisión ejecutiva; mando de todas las fuerzas militares confiado al general Cavaignac; estado numérico de las tropas; plan general; objeciones; el plan es adoptado.—Cuartel general en el palacio de la Asamblea.—Tropas divididas en tres cuerpos: cuerpo del general Lamoricière, destinado á operar en los bulevares; cuerpo del general Bedeau, que tenía su centro en el Hôtel de Ville; cuerpo del general Damesme, llamado á cubrir la margen izquierda del Sena.—A pesar de los recursos de que dispone, el general Cavaignac se halla inquieto; su inexperiencia en materia de guerras en la calle; actitud dudosa ú hostil de la guardia nacional en los barrios populares; dudas sobre las disposiciones de la guardia móvil.—Primer combate en la puerta de Saint-Denis, cerca de las doce. A partir de este momento, la batalla se generaliza.—Barrio del Panteón; disposiciones de los habitantes de este barrio; reconocimiento intentado por Buchère; tentativa de conciliación practicada por Arago; fracaso de esta tentativa; toma de las barricadas de la Sorbona, de la plaza de Cambrai y de la calle de Mathurins.—Barrio del Hotel de Ville; el general Bedeau; fuerzas importantes de que dispone; estas fuerzas son, sin embargo, insuficientes; barricadas formidables á la entrada del puente de San Miguel, al extremo inferior de la calle de La Harpe y á la entrada del Petit-Pont; combates encarnizados; el general Bedeau herido.—Barrio de los bulevares; el general Lamoricière; extensión del campo de batalla; espíritu de los arrabales; la Villette, la Chapelle y Belleville; primera, segunda y tercera legiones; su celo por el orden. Serie de combates sangrientos y no decisivos; refuerzos pedidos.—Cavaignac, que se encontraba en la Asamblea, se traslada al *faubourg* del Temple; ataque á la barricada de la calle de Saint-Maur; cerca de las nueve, Cavaignac vuelve al Palacio Borbón.—Disposiciones de la Asamblea; engañosa seguridad seguida de extremas inquietudes.—Comisión ejecutiva; Ledru-Rollín se queda solo con Marie en el palacio de la presidencia de la Asamblea durante la ausencia de Cavaignac; sus ansiedades; se piden órdenes y refuerzos; medidas ordenadas por Ledru-Rollín.—Cerca de las diez, Cavaignac sale otra vez del palacio de la presidencia; su visita al general Bedeau herido, á quien reemplaza por el general Duvivier; su entrevista con Damesme; vuelve á media noche al cuartel general.

II.—El 24 de junio.—Noche del 23 al 24 de junio; en los barrios sublevados, manejos de los insurrectos para reclutar partidarios.—En los barrios partidarios del orden, vivas inquietudes; la Asamblea; muchos diputados permanecen en el Palacio Borbón; temores y esperanzas; insuficiencia de la Comisión ejecutiva; gestiones para reemplazarla.—Al amanecer, las hostilidades vuelven á empezar; posición amenazadora de los insurrectos, sobre todo por la parte del Hotel de Ville; toma de las alcaldías octava y novena.—A las ocho, se reanuda la sesión parlamentaria; discurso de Senard; se vota el estado de sitio; todos los poderes concentrados en manos del general Cavaignac; dimisión de la Comisión ejecutiva.—Manifiesto del nuevo jefe del poder ejecutivo á la guardia nacional, al ejército y á los insurrectos.—Combates en el *faubourg* Poissonniere, en el cercado de San Lázaro y en el *faubourg* del Temple.—Combates en el barrio del Hotel de Ville.—A la izquierda del río: éxitos del general Damesme; combates en la plaza Maubert; el Panteón vuelve á caer en poder de las tropas; barricadas en la calle de la Vieja Estrapada; Damesme herido; es reemplazado por el general Brea.—Situación general al fin de la segunda jornada de lucha.—Las guardias nacionales de los departamentos empiezan á llegar.

III (*Extractado*).—El 25 de junio.—Al norte de la ciudad, combates en la barrera de Rochechouart; toma del cercado de San Lázaro; el pueblo de la Chapelle cae nuevamente en poder del partido del orden; continuación de la lucha en el arrabal del Temple.—Barrio del Hotel de Ville; preparativos de ataque en el arrabal de San Antonio; dificultades de este ataque; estado del arrabal; dos columnas formadas; columna del general Regnault; triunfos que cuestan caros y muerte del general; columna del general Duvivier; Duvivier herido; marcha ofensiva á lo largo de los muelles; combates sangrientos. Las dos columnas se reúnen en la plaza de la Bastilla; aspecto formidable que presenta la entrada del arrabal de San Antonio; muerte del general Negrier y del representante Charbonnel.—Emoción que estas noticias causan en la Asamblea.—A la izquierda del Sena: triunfos del general Brea; éste pretende concluir sin efusión de sangre la pacificación del barrio; va sucesivamente á las barreras de Saint-Jacques, de Enfer y de la Santé; llegada á la barrera de Fontainebleau; disposiciones hostiles; el general Brea pasa la barrera; gritos de muerte; el general y sus compañeros conducidos al café del Gran Salón y luego al Grand-Poste; violencias é insultos; asesinato de Brea y del capitán Mangin; las tropas pasan la barrera; jactancia de los asesinos.—Monseñor Affre: su carácter; su proyecto de ofrecer su mediación á los dos partidos; va desde luego al palacio de la Asamblea; su entrevista con Cavaignac; el prelado se presenta en los barrios sublevados; llega á la plaza de la Bastilla; especie de tregua tácita; el arzobispo es mortalmente herido.

IV.—El 26 de junio.—Estado del arrabal de San Antonio en la noche del 25 de junio; malas noticias para la insurrección; primeras negociaciones. Nuevas negociaciones durante la noche del 25 al 26; los representantes Druet-Desvaux, Larabit y Galy-Cazalat; gestión de los delegados del arrabal cerca de Cavaignac y de Senard; no llegan á entenderse; tregua prolongada hasta las diez; sentimientos contradictorios entre los insurrectos; las tropas en la plaza de la Bastilla.—Ataque del arrabal: las barricadas no son defendidas; la tropa llega hasta la plaza del Trono.—Lamoricière; combate en la calle de San Sebastián.—Últimas barricadas de la Villette.—La insurrección vencida; alegría que estalla en la Asamblea; manifiestos de Cavaignac; Monseñor Affre conducido al arzobispado; sus últimos momentos.

V.—Verdadero carácter de la insurrección de junio.—Fuerzas de ambas partes combatientes; número de muertos y heridos.—Número considerable de prisioneros; colisión sangrienta.—Actitud patriótica y valiente de la guardia nacional, de la guardia móvil, del ejército y de los representantes.—Cavaignac entrega sus poderes; la Asamblea se los continúa.

VI.—Durante la insurrección de París, los departamentos permanecen tranquilos, excepto Marsella.—Situación de Marsella: llegada de los *Voluntarios parisienses*; agitación.—El motín estalla el 22 de junio y en seguida se generaliza.—Actitud de la autoridad.—La plaza Jauguin; varios ataques infructuosos.—La plaza Castellane; ataque mandado y luego diferido.—El 23, el orden es restablecido en Marsella.

I

Todas las revoluciones recorren el mismo círculo: empiezan por hacer promesas, y las masas aplauden; luego, como ninguna promesa se realiza, los aplausos se cambian en murmullos; los murmullos aumentan á medida que las decepciones se multiplican; finalmente, la hora en que la última ilusión se desvanece es también aquella en que la rebelión empieza. Así estalló la insurrección de Junio.

Fieles á la cita que se habían dado la víspera, los amotinados se reunieron á las seis en las inmediaciones del Panteón. El grupo, desde luego poco numeroso, no tardó en aumentar. La calle de Saint-Jacques se llenó de un gentío compacto y tumultuoso. Antes de las ocho, había más de tres mil personas reunidas en la plaza. Veíanse allí socios de los clubs, soldados de la antigua guardia republicana y obreros de los talleres nacionales con sus banderas. Proclamábanse en voz alta los proyectos de rebelión; apenas se ocultaban las armas. Los instigadores afirmaban que la guardia nacional estaba con ellos y que la victoria era segura; elevábanse violentos clamores contra la Comisión ejecutiva y la Asamblea nacional; los agentes de policía eran perseguidos y maltratados (1). A las ocho y cuarto, parte de la columna se puso en movimiento, y bajando por las calles que conducían al Sena, se dirigieron hacia la Bastilla. En el camino, sus filas aumentaban: una vez en la Bastilla, los manifestantes dieron la vuelta al monumento; después de lo cual, los unos se fueron al arrabal de San Antonio para sublevarlo, y los otros bajaron por la línea de los bulevares. Llegaron éstos cerca de las diez á la puerta de Saint-Denis; se apoderaron de los carruajes, desempedrarón las calles, acumularon materiales de toda clase y empezaron las primeras barricadas.

Los individuos de la Comisión ejecutiva, que vivían en el Luxemburgo, tuvieron pronto noticia de los grupos del Panteón. A pesar de los incidentes de la víspera, no parecieron comprender desde luego la magnitud del peligro; quizá confiaban en las órdenes previamente dadas. Avisado á las siete de la mañana por varios oficiales superiores de la 11.^a legión, Arago, sorprendido en la cama, no se atrevía á tomar medidas de represión (2). Algo más tarde, Garnier Pagès, con un optimismo extraño, á los que le hablaban de barricadas respondía: «Si hay barricadas, las haremos destruir; es lo más fácil del mundo (3).» Como si los únicos barrios amenazados fuesen los de la margen izquierda, se limitaron á pedir á la prefectura de policía un centenar de agentes para proteger el Luxemburgo y á dar la orden de tocar llamada en los distritos décimo, undécimo y duodécimo (4).

La ilusión fué corta. A partir de las nueve, los informes que se recibían á cada instante no permitían dudar sobre los acontecimientos que se preparaban. En pocas

(1) Informes de policía (*Enquête parlementaire*, tomo II, página 321.—Proceso Pinel-Grandchamp (*Gazette des Tribunaux*, números del 12 y del 14 septiembre 1848).

(2) Declaraciones de Theil y Cottu, comandantes de la guardia nacional (*Enquête parlementaire*, tomo I, pág. 351 y 263).

(3) Declaración de Renault (*Enquête parlementaire*, tomo I, pág. 341).

(4) Actas de las sesiones de la Comisión ejecutiva, sesión del 23 de junio (*Enquête parlementaire*, tomo III, pág. 247).

horas, la chispa partida de la plaza del Panteón produjo un formidable incendio. Jamás insurrección alguna se extendió con tanta rapidez. Las estrechas calles que bajaban de la montaña de Santa Genoveva hacia el Sena se erizaban de defensas. En los bulevares de Saint-Denis y de Saint-Martin se echaba mano de todo lo que servía para levantar barricadas en las esquinas, y se invadían las casas en busca de armas. En la plaza de la Bastilla, en el Marais, en Menilmontant, en el faubourg Poissonnière, en todas partes se aprontaban á la defensa. Los seccionarios de la Sociedad de los derechos del hombre, los antiguos *Montañeses* de Caussidière, los descargadores del mercado central, eran otros tantos campeones de la insurrección. Los trabajadores de los talleres nacionales, agrupados en torno de sus brigadieres, desahogaban sus iras. Los barrios extremos se preparaban á lanzar sobre la ciudad su contingente de obreros turbulentos, de ex presidiarios y de revoltosos. A los primeros informes dióse la orden de tocar llamada, no solamente en la margen izquierda del río, sino que también en el resto de la ciudad y sus inmediaciones (5). Pero si en los barrios ricos la causa del orden encontraba numerosos defensores, no sucedía lo mismo en los barrios populares. En estos últimos, los guardias que tocaban llamada fueron insultados, y el populacho les destruyó los tambores; la octava y la duodécima legiones parecían completamente adictas á la insurrección; la novena se inclinaba á ella en parte; la quinta, la sexta, la séptima y la undécima contaban elementos sospechosos. En algunos puntos, los guardias nacionales llevaban la audacia al extremo de presentarse armados y de uniforme en las barricadas. Por añadidura, muchos supuestos conciliadores, mezclados con los grupos, proporcionaban fuerzas á la sedición, obscureciendo el sentimiento del deber y la noción de la legalidad. El movimiento no estaba acantonado, como en otras ocasiones, en algunos barrios fáciles de cercar, sino que estallaba al mismo tiempo en medio París. Trazando de Norte á Sur una línea recta desde la barrera de los Mártires hasta la de Enfer, se hubiera podido medir el campo de batalla en que iba á desenvolverse la insurrección. El inmenso semicírculo situado al Este de dicha línea se halló en poder de los insurrectos. La parte occidental de la ciudad permaneció fiel á la autoridad legal.

Los ayudantes de campo, los amigos ociosos, toda clase de mensajeros llegaban á cada instante dando la señal de alarma. Aterrados por aquellas noticias, decididos empero á una resistencia enérgica, los miembros de la Comisión ejecutiva convinieron en dividirse la defensa. Los señores Arago y Garnier Pagès resolvieron quedarse en el Luxemburgo, pretendiendo detener con su influencia la insurrección de la margen izquierda del río y agrupar en torno de ellos á los guardias nacionales de buena voluntad. Ledru-Rollin, Marie y Lamartine se prepararon á marchar al palacio de la Asamblea, que había de ser la residencia del gobierno. El mando de todas las fuerzas militares fué confiado al general Cavaignac, á quien estaba reservado el principal papel,

(5) Actas de las sesiones de la Comisión ejecutiva, sesión del 23 de junio (*Enquête parlementaire*, tomo III, pág. 248). Carta de Clemente Thomás, comandante en jefe de la guardia nacional (*Le National*, número del 2 de diciembre de 1848).

pues no se trataba ya de negociar, sino de luchar y vencer. El general tomó en seguida sus disposiciones para el combate.

El 17 de mayo, en el momento de su instalación en el ministerio de la Guerra, el general Cavaignac había recibido la orden de reunir en París una fuerza de veinticinco mil hombres. Lamartine no cesaba de repetir al ministro: «¿Llegan esas tropas? Preparaos para una batalla, que es inminente.» Fiel intérprete de estos deseos, Cavaignac había procurado aumentar la guarnición de París y de sus alrededores. A fin de aumentar el efectivo real de los combatientes, había reemplazado los batallones de depósito con batallones de guerra. Para mayor prudencia, había resuelto que ningún batallón marchase sin haber sido previamente substituído por otro. De acuerdo con el general Bedeau, muy competente en administración militar, había procurado utilizar todos los recursos del acuartelamiento, porque había que evitar ante todo el inquietar ó provocar la opinión pública haciendo acampar regimientos en la capital. El 23 de junio, las guarniciones de París, Versailles y San Germán presentaban un contingente de veintinueve mil doscientos veintiocho hombres, entre infantería, artillería y caballería. A estas fuerzas había que añadir doce mil guardias móviles. Todo esto constituía un efectivo de cuarenta mil hombres, sin contar la guardia nacional. En fin, las tres brigadas de la división de reserva del ejército de los Alpes, escalonadas en la ruta de Lyon, habían de aportar, en caso de peligro extremo, un refuerzo decisivo (1).

La inteligente distribución de las tropas importaba aún más que la fuerza numérica de las tropas mismas. Cavaignac lo comprendía bien. La historia de nuestras luchas civiles le proporcionaba una enseñanza de que quiso sacar provecho. En julio de 1830 y en febrero de 1848, los regimientos, divididos en pequeños destacamentos y diseminados por la inmensa superficie de París, vieron cortadas sus comunicaciones. Enervados por largas esperas, abandonados sin orden, alternativamente aclamados ó amenazados, se habían dejado desarmar en detalle, sin que se les pudiese acusar de debilidad ni de traición. Celoso de la tranquilidad pública y más celoso aún de la disciplina y del honor militar, Cavaignac se hallaba dominado por la preocupación de que ninguno de sus soldados fuese desarmado. El plan que se había trazado en la eventualidad de un motín y que había obtenido la aprobación del general Bedeau y del general Lamoricière, consistía en instalar el cuartel general lejos de la insurrección, dejar que se desarrollara si no se la podía evitar, atacar con grandes masas los barrios rebeldes y mantener cuidadosamente las comunicaciones; en otros términos, proceder no como la policía que reprime y dispersa en detalle, sino como un ejército que combate y gana la victoria. Semejante plan no era el más propio para evitar la efusión de sangre, pero tenía la ventaja de conducir á un resultado casi seguro. Una vez adoptado este plan, Cavaignac se apegó á él con la tenacidad inflexible que constituía la principal de sus cualidades militares. En la mañana del 23 de junio lo expuso con una convicción absoluta á

(1) Asamblea nacional, sesión del 25 de noviembre de 1848, discurso de Cavaignac.

los miembros de la Comisión ejecutiva reunidos en el Luxemburgo. No le escatimaron las objeciones: Ledru-Rollin observaba que las barricadas son contagiosas: Arago decía que la mejor manera de no tener que destruirlas es no dejarlas construir; el ministro del Interior se encolerizaba preguntando si querían resueltamente una batalla (2). Sin embargo, la Comisión, ajena á los asuntos de la guerra, se inclinó con una resignación modesta ante la competencia del general y le dejó toda latitud para seguir un sistema que ella no aprobaba. Sin hacer gran caso de aquellas críticas, Cavaignac se apresuró á presentarse en el palacio de la Asamblea, donde estableció su cuartel general. En seguida dividió en tres cuerpos las tropas de su mando. El primer cuerpo, confiado al general Lamoricière, había de cubrir la línea de los bulevares y de los *faubourgs* desde el barrio de Montmartre hasta el barrio del Temple. El segundo, al mando del general Bedeau, tenía la misión de guardar el Hotel de Ville, despejando sus inmediaciones á derecha é izquierda, y penetrar luego hasta el corazón del arrabal de San Antonio. El tercero, que tenía por jefe al general Damesme, estaba llamado á operar á la izquierda del Sena, á ocupar la plaza del Panteón, á despejar por un lado el arrabal de Saint-Jacques y por otro el arrabal de Saint-Marcel.

A pesar de los recursos de que disponía, á pesar de la libertad de acción que se le había dado, Cavaignac no consideraba sin emoción aquella lucha tan grave para su país y tan decisiva para su fama. Como sus tenientes, estaba acostumbrado á las libres expediciones del Africa, y no á las sorpresas y horrores de las guerras en la calle. A pesar de su calma exterior, los recuerdos de *Julio* y *Febrero* pesaban en su ánimo. Aunque había tomado sus medidas para prescindir de la guardia nacional, no dejó de causarle ansiedad la noticia de que esta fuerza se pronunciaba por la sedición en los barrios populares. La actitud de la guardia móvil le inquietaba sobre todo. ¿Qué haría en frente del motín aquella tropa bisoña, compuesta en gran parte de pilluelos de París, escépticos, estragados, viciosos, aunque listos, patriotas, heroicos en llegando la ocasión? Aquel heroísmo ¿se desplegaría en pro ó en contra del orden? La experiencia del 16 de abril y del 15 de mayo, la irritación de aquellos jóvenes contra los socialistas á quienes atribuían el retraso de su equipo, cierta tendencia á burlarse de las declamaciones demagógicas, todos estos motivos infundían esperanzas. Pero, por otro lado, aquellos muchachos de diez y seis á diez y ocho años habían nacido en los arrabales contra los cuales habían de combatir; era conocida la movilidad de sus impresiones; se temía algún cambio repentino de actitud; y era de prever que por su número, por su audacia ó por su valor, harían caer la balanza en el campo en que militasen.

Cerca de las doce fué vertida la primera sangre de la insurrección. Una columna de insurrectos, que desde el Panteón había ido á la Bastilla, bajó por el bulevar hasta la puerta de Saint-Denis. Sin perder tiempo, los facciosos se dispersaron por las calles inmediatas procurando sublevar á los habitantes; su tentativa no tuvo

(2) Asamblea nacional, sesión del 25 de noviembre, discurso de Barthélemy Saint-Hilaire.

gran éxito; la población se les mostraba curiosa é inquieta, pero no simpática. Mas aquella indiferencia no les desalentó, y empezaron á desamparar las calles. A las once y media se alzaba una fuerte barricada, interceptando el bulevar desde la calle Mazagrán hasta la de Clery. La vía pública se hallaba casi desierta, y los comercios cerrados. En aquel instante llegó un destacamento de unos treinta guardias nacionales escoltando á los tambores que batían llamada, y fueron recibidos á tiros procedentes de la barricada y de una casa del bulevar. Varios guardias cayeron: la situación del destacamento era crítica. Afortunadamente, una compañía de la segunda legión acudió espontáneamente al ruido del tiro, y llegó después un batallón entero de la misma legión, mandado por el teniente coronel Bouillón, el comandante Coraly y otros oficiales superiores. Después de un vivo tiro, la barricada fué tomada. Momentos después, llegó una columna compuesta de guardia móvil, infantería ligera, lanceros y artillería. Era el general Lamoricière que tomaba posesión de su mando.

Desde aquel momento, la batalla se generalizó. Sus peripecias sangrientas se desarrollaron principalmente en el barrio del Panteón, en el del Hotel de Ville y en los de Saint-Denis, Poissonniere y Temple.

En el barrio del Panteón, donde abundaban los callejones estrechos y tortuosos, y que encerraba una población pobre, turbulenta y agriada por la miseria, se manifestaron los primeros tumultos. Al tocar llamada, quinientos hombres solamente, de los veinte mil que contaba la 12.^a legión, se presentaron en la alcaldía (1). El resto se había pasado á la revolución ó se hallaba paralizado por el temor. Entre once y doce surgieron barricadas por todas partes. Sin embargo, una esperanza quimérica de conciliación retrasó algunas horas la ruptura de hostilidades.

Arago, que se había quedado en el Luxemburgo, dirigió hacia el Panteón una columna al mando de un teniente de alcalde del undécimo distrito, llamado Buchère, y compuesta de tres pelotones de la 11.^a legión, otros pelotones de infantería y un escuadrón de dragones.

Al llegar á la plaza, esta pequeña tropa tomó posesión de una barricada alzada en la nueva alcaldía, y se disponía luego á atacar otra barricada en la esquina de las Siete Vías, cuando fué detenida por un comandante de la 12.^a legión, Sr. Dupont, que dijo: «Vengo de la Asamblea; prevalecen en ella las ideas de conciliación; todo ataque podría acarrear desgracias irreparables.» Llegó el alcalde del distrito, Sr. Pinel-Grandchamp, quien á su vez dijo á los soldados: «Retiraos; hoy podéis alcanzar la victoria por medio de la violencia; pero mañana puede ser derribado el gobierno.—Tenemos que cumplir las órdenes que hemos recibido,» contestó Buchère. El alcalde insistió, comprometiéndose á calmar los ánimos si no se hacía ostentación de fuerza (2). La

(1) Consejos de guerra, proceso Pinel-Grandchamp, alcalde del duodécimo distrito (*Gazette des Tribunaux*, números de los días 12 y 14 de septiembre de 1848).

(2) Consejos de guerra, procesos Pinel-Grandchamp, declaración de Buchère (*Gazette des Tribunaux*, números de 12-14 septiembre).—*Ce que j'ai fait pendant l'insurrection*, por M. Dupont, jefe de batallón de la 12.^a legión.

palabra de Pinel-Grandchamp no carecía de autoridad; éste era apreciado en el distrito por su beneficencia; no se ignoraba que recientemente había dado garantías á la causa del orden eliminando de la alcaldía á las hechuras de Barbés. La columna se volvió hacia el Luxemburgo.

Allí encontró de nuevo á Arago, cada vez más inquieto. El ministro tomó en persona la dirección de las tropas y las condujo nuevamente hacia el Panteón. Al llegar cerca de la barricada que interceptaba la calle de Soufflot, se le acercó Pinel-Grandchamp, con su fajín de alcalde, y le suplicó que dirigiese la palabra á los insurrectos. Arago deseaba más que nadie evitar la efusión de sangre. Los amotinados se agitaban tumultuosamente en las inmediaciones de la plaza. Acercóse á ellos el ministro y les habló con la autoridad que le daban sus años, su ilustración científica y sus antiguos servicios. Su actitud valerosa aumentaba la energía de su lenguaje. Algunos de los obreros parecieron conmovirse; hubo varios que se acercaron á él y le estrecharon las manos diciéndole con un acento de conmovedora sinceridad: «Señor Arago, vos no sabéis lo que es sufrir miseria, nunca habéis padecido hambre.» La mayor parte de ellos permanecían impasibles ó formulaban peticiones ridículas, reclamando particularmente la libertad de Blanqui y Barbés. Convencido de su impotencia, Arago volvió á reunirse con la tropa. Pinel-Grandchamp intervino otra vez; trató de hablar proponiendo que la tropa y los insurrectos se retirasen y que la barricada permaneciera intacta. Semejante proposición de parte del alcalde del distrito revelaba una complacencia rayana en complicidad. Antes de dar la señal de la lucha necesaria, Arago quiso hacer personalmente las intimaciones legales. Bien con la esperanza de ser escuchado, bien con el deseo de evitar el peligro á los demás, se adelantó otra vez solo é hizo á los insurrectos las tres intimaciones prescritas por la ley. Esta última tentativa fué también infructuosa; la tropa avanzó entonces á paso de carga y tomó la barricada. Los insurrectos no la defendieron: sin embargo, su actitud irritada hacía temer una colisión: uno de ellos apuntó á boca de jarro su carabina á Arago, que desvió el arma con la mano (3).

Mientras tanto, el general Damesme, encargado de dirigir las operaciones militares á la izquierda del río, había tomado posesión de su puesto. Tomada la barricada de la calle de Soufflot, concertóse con Arago para sacar partido del buen éxito y destruir las obras de defensa que los insurrectos habían levantado en las pendientes de la calle de Saint-Jacques y callejones inmediatos. La columna se puso en marcha, aumentada con algunos refuerzos, y tomó sucesivamente las barricadas de la Sorbona, de la calle de Cordeleros, de la plaza de Cambrai y de la calle de Mathurinos. Pero no se operó el despejo de estas vías sin derramamiento de sangre; las pérdidas fueron numerosas: un comandante y un capitán del 73.^o de línea cayeron mortalmente heridos.

Tales eran, cerca de las cinco de la tarde, los resultados obtenidos en el barrio del Panteón, resultados

(3) Consejos de guerra, proceso Pinel-Grandchamp, declaraciones de Arago y otros (*Gazette des Tribunaux*, 12-14 septiembre de 1848).

incompletos sin duda, pero no sin importancia, sobre todo si se tiene en cuenta que el general Damesme no tenía entonces á su disposición más que dos batallones de infantería y algunos destacamentos de guardia móvil y guardia nacional (1). ¿Qué ocurría mientras tanto en el barrio del Hotel de Ville, que el general Bedeau tenía la misión de proteger?

El general, instalado en la Casa de la Ciudad, pronto reunió en ella fuerzas importantes: á las diez habían llegado los batallones 4.^o, 14.^o y 17.^o de la guardia móvil, y entre once y doce, seis batallones de infantería, pertenecientes á los regimientos 12.^o, 48.^o y 59.^o de línea (2). A estas tropas se agregaron algunas compañías de guardia republicana. Dichos batallones, algunos de los cuales tenían sus cuarteles en barrios apartados, como Popincourt y Reuilly, habían tenido que salvar numerosas barricadas, tan numerosas que los oficiales superiores tuvieron que abandonar sus monturas; pero, fieles al sistema de concentración adoptado, no se habían detenido á destruir los obstáculos acumulados en su camino, sino que se habían apresurado á acudir al punto de reunión previamente fijado (3).

Estas fuerzas, aunque considerables y destinadas á recibir más tarde un refuerzo de cuatro batallones, eran todavía insuficientes para la misión que el general Bedeau tenía que desempeñar. El Hotel de Ville, sitio en que las revoluciones se legitiman y consagran, había de ser objeto de todos los esfuerzos de la sedición. El edificio no se hallaba entonces aislado, como lo fué después, sino que estaba rodeado de callejones tortuosos, por los cuales los insurrectos podían deslizarse hasta el palacio municipal. Los distritos octavo y noveno, que comprendían el barrio Saint-Gervais, el Marais, la Cité, la isla de San Luis y el Arrabal de San Antonio, estaban casi enteramente ocupados por la insurrección. La guardia nacional no había respondido al llamamiento: las barricadas se habían levantado sin resistencia. Y no sólo era necesario proteger el Hotel de Ville, sino que también había que cubrir las dos márgenes del Sena á lo largo de la Cité y rechazar hacia la montaña de Santa Genoveva á los insurrectos, que el general Damesme empujaría por otro lado hacia el río.

El general Bedeau resolvió consagrarse sobre todo á esta última parte de su tarea, después de varios encuentros ocurridos en las calles de Planché-Mibray y de San Antonio. Cerca de las cuatro se oyó tiro por el lado de la Sorbona: era el general Damesme que, cuestas abajo, por el barrio de Saint-Jacques, atacaba las barricadas de la plaza de Cambrai. Ir á su encuentro, tenderle la mano, barrer la orilla izquierda, era un resultado capital, pero no podía conseguirse sin vencer muchos obstáculos. Se levantaban tres enormes barricadas: una cerrando la entrada del puente de San Miguel; la segunda, un poco más allá de la primera, se extendía desde la calle de Mácon hasta la calle de San Severino, cortando el paso de la calle de La Harpe, y

(1) Cuadro de la situación y movimientos de las tropas y de la guardia móvil durante la insurrección de Junio (*Monitor* de 1848, pág. 3421).

(2) Cuadro de la situación y movimientos de las tropas y de la guardia móvil durante la insurrección de Junio (*Monitor* de 1848, págs. 3421 y 3437).

(3) Asamblea nacional, sesión del 25 de noviembre de 1848, discurso del general Bedeau.

la tercera, más formidable que las otras dos, cerraba el Petit-Pont, cerca del Hôtel-Dieu. Estas barricadas principales estaban flanqueadas por otras muchas que las apoyaban. Contra este conjunto de defensas dirigió todos sus esfuerzos el general Bedeau. La barricada del puente de San Miguel fué pronto tomada. No sucedió lo mismo con la de la calle de San Severino. Doscientos hombres de la 11.^a legión, que del barrio de San Sulpicio bajaron por la calle de San Andrés de las Artes, al mando del comandante Massón, habían tratado de tomarla. Desde luego éste se propuso obtener la sumisión de los insurrectos sin recurrir á la fuerza. Acercóse á ellos y trató de convencerlos: «¿Qué queréis?, les dijo. Tenéis el sufragio universal. ¿Necesitáis pan para vuestros hijos? Se os socorrerá.» Un triste silencio acogió este lenguaje. Desolado, Massón replegó su columna demasiado débil para un ataque á viva fuerza, agregóse un destacamento del 12.^o de línea, y, aumentada así su fuerza, volvióse hacia los insurrectos. Por última vez se apeló á la conciliación: «¡No tiréis, exclamaba el comandante; no tiréis! ¡No empecéis la guerra civil (4)!» Por toda respuesta, partió una descarga de las filas insurrectas: Massón cayó seco; la barricada fué tomada por la tropa.

Una gran tempestad de viento y agua que se desencadenó en aquel momento sobre París suspendió la lucha. Eran entonces las cinco y media. La barricada del Petit-Pont aún resistía. Varios ataques habían resultado ineficaces. Un destacamento de guardia republicana, que penetró en el interior de las obras de defensa, había caído prisionero. El general Bedeau comprendió la necesidad de un gran esfuerzo. Formó una columna de ataque, compuesta de guardia móvil, infantería de línea y guardia republicana, y apoyada por la artillería de la guardia nacional á las órdenes de Guinard. El número de defensores de la barricada era considerable y se componía de obreros y antiguos *Montañeses*, entre los cuales se distinguía un tal Dietrich, veterano de Africa. De la casa en que se hallaban instalados los almacenes de los *Dos Pierrots* y de las ventanas del hospital del Hôtel-Dieu llovían como granizo los proyectiles sobre la tropa. En aquel punto la lucha se prolongó hasta la caída de la tarde. Finalmente, después de reiterados asaltos, tomóse la barricada, y después de la principal cayeron en poder de la tropa las otras que defendían la entrada de la calle de Saint-Jacques. Practicóse un registro en las casas sospechosas; el barrio inferior de la margen izquierda del río quedaba desembarazado de insurrectos; todos los esfuerzos pudieron dirigirse entonces hacia el barrio de San Antonio. Pero no se obtuvo este resultado sin dolorosas pérdidas. El teniente coronel Vernón resultó herido; Bixio, el representante Bixio, que se había lanzado intrépidamente á la pelea, recibió una bala en el pecho, y el propio general Bedeau fué herido también de bala.

En el barrio de los bulevares, Lamoricière tenía una tarea más pesada todavía que la de Bedeau, á causa de la extensión del campo de batalla. Le hemos visto llegar á la puerta de Saint-Denis en el momento en que la primera barricada acababa de ser tomada por la guar-

(4) Consejo de guerra, proceso de los asesinos del comandante Massón, declaraciones de Giles, Beaume y Hardouin (*Gazette des Tribunaux*, 1.^o y 2 de octubre de 1848).